

La comunión en el camino sinodal

Carmen Toledano, OSA

«La sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio», dijo el papa Francisco en el 2015. Siguiendo este camino, a inicios de este año, la Iglesia de Lima convocó la Segunda Asamblea Sinodal Arquidiocesana e invitó a la hermana Carmen Toledano, OSA, a compartir una reflexión bíblica que sirviera como motivación para la sesión dedicada al tema y la tarea de la Comunión. Páginas agradece la oportunidad de publicar esta reflexión y, de esta manera, profundizar en la espiritualidad de la comunión: una comunión viva con Dios, una comunión real entre las personas y una comunión con la creación.

I. INTRODUCCIÓN

Esta reflexión se abre con un texto del papa León XIV, que también introduce el *Instrumentum laboris* de la II Asamblea Sinodal Arquidiocesana:

«Hoy se nos invita a contemplar y a redescubrir el misterio de la Iglesia, que no es una simple institución religiosa ni se identifica con las jerarquías o con sus estructuras. La Iglesia (...) es

el signo visible de la unión entre Dios y los hombres, de su proyecto de reunirnos a todos en una única familia de hermanos y hermanas y de hacer de nosotros su pueblo, un pueblo de hijos amados, todos unidos en el único abrazo de su amor»¹.

Estas palabras sitúan con claridad el eje de la reflexión: la comunión. No como un concepto genérico o un ideal abstracto, sino como el corazón mismo del misterio de la Iglesia. En continuidad con la reflexión previa sobre la participación —entendida como camino de conversión espiritual—, se trata ahora de profundizar en la espiritualidad de la comunión, que impulsa una conversión del corazón tanto personal como comunitaria. No se trata, por tanto, de dimensiones separadas, sino de realidades profundamente entrelazadas.

Esta interdependencia aparece con fuerza en el propio *Instrumentum laboris*. Ya en la sección dedicada a la participación, el texto alude reiteradamente a la necesidad de comunión, señalando como desafíos eclesiales la falta de unidad, las fricciones internas, la competencia y la existencia de barreras que dificultan el caminar conjunto. Vivir la sinodalidad en todas sus dimensiones exige, a lo largo de todo el proceso, una auténtica conversión que conduzca a la comunión: a aprender a caminar juntos en el Espíritu. Solo el Espíritu hace posible que la Iglesia viva, de forma real y no meramente declarativa, la unidad con Dios, entre sus miembros y con toda la humanidad².

Desde este horizonte se imponen algunas preguntas decisivas, que no pueden ser eludidas si se quiere afrontar con honestidad el momento eclesial presente: ¿qué comunión está llamada a testimoniar hoy la Iglesia?, ¿de qué unidad debe ser signo y sacramento?, ¿cómo ofrecer al mundo una comunión creíble que no se reduzca a un genérico y ambiguo llamado a la fraternidad?

Estas cuestiones adquieren mayor gravedad cuando se las sitúa en el contexto actual. Nuestra Iglesia hoy está herida, atravesada por múltiples desgarros: el sufrimiento de sus miembros —enfermedad, miedo, pobreza, hambre, abusos, muerte, crisis de fe— y, de modo especialmente doloroso, las heridas provocadas por la falta de comunión, la polarización y las divisiones internas. Algunos de estos desgarramientos constituyen un auténtico escándalo, han generado desconfianza, han alejado a muchos y han erosionado gravemente la credibilidad eclesial. En este escenario, la pregunta por la comunión no es retórica ni secundaria: ¿puede la Iglesia ofrecer hoy una forma de comunión

1 Papa León XIV, *Homilía en el Jubileo de los equipos sinodales*, 26 de octubre de 2025.

2 Cfr. *Instrumentum Laboris*, II Asamblea sinodal Arquidiocesana, p. 9.

que sea un punto de referencia estable y creíble, capaz de regenerar la confianza?

Responder a esta pregunta implica reconocer una responsabilidad delicada: acoger la gracia de Dios no solo a nivel individual, sino como comunidad de creyentes. El bautismo ha constituido a todos los fieles «colaboradores de Dios» para edificar, en el tiempo y en la historia, la Iglesia (cf. 1 Cor 3,9), que el Concilio Vaticano II definió de manera audaz y profética como «signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano»³. Esta dimensión constitutiva de la Iglesia remite directamente a la oración de Jesús antes de su pasión: «Que todos sean uno (...) para que el mundo crea» (Jn 17,21). La credibilidad del anuncio cristiano está inseparablemente unida al testimonio de esta unidad.

La cuestión decisiva, por tanto, no es sólo si la comunión es deseable, sino si es realmente visible y practicable hoy. ¿Somos capaces, como Iglesia, de vivir y mostrar una unidad que no niegue las diferencias, que no oculte las heridas, pero que tampoco se resigne a la fragmentación? ¿Podemos testimoniar hoy juntos esta petición del Señor? ¿Somos UNO en Él? A partir de esta pregunta se articula la reflexión que sigue.

II. UNA IMAGEN: LA TORRE DE BABEL

Para responder a las preguntas planteadas conviene detenerse en una imagen bíblica de extraordinaria fuerza simbólica: el relato de la torre de Babel (Gn 11,1-9)⁴. Tras el gran cataclismo del diluvio, Dios bendice nuevamente a Noé y a sus hijos y les confía de nuevo la tierra: «Sean fecundos, multiplíquense y llenen la tierra» (Gn 9,1). Como en los orígenes, la creación es entregada de nuevo al ser humano; la violencia no ha tenido la última palabra y la historia retoma su curso bajo una alianza renovada. «Pongo mi arco en las nubes y servirá de señal de la alianza entre yo y la tierra» (Gn 9,8-13).

A continuación, el Génesis dedica un capítulo entero a enumerar pueblos, lenguas, territorios y genealogías. Este largo elenco —aparentemente árido— compone, en realidad, un mosaico de gran riqueza: la vida que renace no produce copias idénticas, sino diferencias. La bendición de Dios da fruto precisamente en la multiplicación de formas, rostros y culturas (cf. Gn 10). La unidad de la especie humana se

3 Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 1

4 Cfr. P. Roberto Pasolini, «Reconstruir la casa del Señor», II Meditación de Adviento, Aula Pablo VI, 12 de diciembre de 2025.

expresa en una pluralidad de pueblos, y esta diversidad extendida por distintos lugares aparece, en un primer momento, como cumplimiento de la bendición recibida.

Sin embargo, lo que nace como signo de prosperidad comienza pronto a percibirse como una amenaza. La humanidad experimenta el miedo a la dispersión, como si la distancia implicara necesariamente debilidad. «Hagámonos una ciudad y una torre con la cúspide en los cielos —dice el texto— y hagámonos famosos, no sea que nos dispersemos por toda la faz de la tierra» (Gn 11,4). La dispersión se asocia aquí al riesgo de perder fuerza, identidad o control. Se busca una unidad aparente para garantizar poder, seguridad y reconocimiento. El miedo a la dispersión se revela, en el fondo, como miedo a la fragilidad.

Este temor resulta especialmente significativo si se considera el sentido bíblico de la dispersión. En la Escritura, la diáspora no tiene únicamente una connotación negativa: designa también la expansión del pueblo judío entre las naciones tras los exilios, y será más tarde la condición de los primeros cristianos, esparcidos por el mundo a causa de la persecución y convertidos así en portadores del Evangelio. La dispersión puede ser, paradójicamente, un camino de fecundidad y de misión. Pero la humanidad naciente, marcada por la experiencia reciente de su vulnerabilidad, teme fragmentarse y no reconocerse ya como un solo pueblo. Es en este clima donde se sitúa el relato de Babel, inmediatamente después de la enumeración de los pueblos.

El episodio se abre con una afirmación que podría parecer ideal: «Toda la tierra tenía una sola lengua y unas mismas palabras» (Gn 11,1). Una condición que, en apariencia, favorecería la paz y la cooperación. Sin embargo, el desarrollo del relato revela pronto su ambigüedad. El proyecto de Babel no nace de la confianza, sino del temor; no de la obediencia al mandato creador, sino de la resistencia a él. Construir una torre “que llegue al cielo” para “hacerse un nombre” expresa una lógica de autoafirmación que desafía el designio divino y busca asegurar la unidad por medio del control.

1. La ilusión de la uniformidad

La intención de los constructores es clara: crear un punto único de convergencia —una ciudad fortificada y una torre altísima— que garantice la cohesión de la familia humana y neutralice el riesgo de dispersión. El proyecto, en apariencia razonable, esconde sin embargo una lógica profundamente ambigua: la unidad se persigue mediante la uniformidad, no a través de la composición de las diferencias. Todos hablan la misma lengua, repiten las mismas palabras y se orientan

hacia un único objetivo. Es el sueño de un mundo sin disonancias, donde nadie se diferencia ni arriesga, y donde todo resulta previsible.

Esta lógica recuerda las grandes distopías del siglo XX⁵. En 1984, George Orwell describe una sociedad sometida a un poder totalitario que vigila no solo los comportamientos, sino también los pensamientos. El Gran Hermano exige una adhesión incondicional y elimina toda forma de disenso. En un mundo así, incluso el amor se vuelve imposible, porque no puede ser controlado. La uniformidad se presenta como garantía de orden, pero termina destruyendo la libertad y la relación.

El relato bíblico sugiere esta misma deriva incluso en los detalles materiales de la construcción. Los habitantes de Babel utilizan ladrillos en lugar de piedras, y betún en lugar de argamasa. La piedra conserva siempre una cierta irregularidad; puede ser trabajada y encajada sin perder su singularidad. El ladrillo, en cambio, es idéntico a todos los demás, estandarizado, perfectamente superponible. Se convierte así en símbolo de una sociedad que teme el esfuerzo de la libertad y prefiere la seguridad de la semejanza. El resultado es una unanimidad aparente, obtenida al precio de silenciar las diferencias. Pero la comunión verdadera no nace de la uniformidad, sino de la unidad en la diversidad.

La historia reciente ofrece ejemplos elocuentes de esta tentación. Los totalitarismos del siglo XX impusieron formas de pensamiento único que sofocaron el disenso y persiguieron la diferencia. Siempre que la unidad se construye suprimiendo las singularidades, el resultado no es la comunión, sino la anulación de lo humano, la muerte⁶.

Hoy, esta lógica adopta formas más sutiles. En la era de las redes sociales y de la inteligencia artificial, los algoritmos seleccionan lo que vemos, generan burbujas informativas y refuerzan la homologación de lenguajes y miradas. Se premia el consenso inmediato y se penaliza el disenso reflexivo. La complejidad humana corre el riesgo de reducirse a esquemas previsibles.

Esta tentación tampoco es ajena a la vida eclesial. A lo largo de la historia, no pocas veces se ha confundido la unidad de la fe con la uniformidad de sus expresiones, sensibilidades o prácticas. Se ha deseado un consenso rápido, incapaz de asumir el ritmo lento y exigente de la

5 Distopía alude a la representación ficticia de una sociedad futura de características negativas causantes de la alienación humana.

6 Sería interesante recoger aquí tantas muertes provocadas por el rechazo a los migrantes, a la diferencia, al extraño y extranjero. Es un tema de suma actualidad.

verdadera comunión, que no teme el conflicto ni borra los matices. De ahí la importancia de procesos de diálogo que requieren paciencia, escucha, acogida y discernimiento. La comunión no se impone ni se acelera: se construye.

2. La confusión como terapia

El proyecto de Babel revela también otra tentación: la fascinación por los números, por la fuerza de la masa, por la visibilidad y el reconocimiento. La uniformidad ofrece seguridad a los más frágiles y diluye la diferencia en un proyecto común que promete grandeza. Frente a esta deriva, la intervención de Dios resulta sorprendente. Lejos del castigo violento o de la indiferencia, el relato subraya con ironía que «el Señor bajó a ver la ciudad y la torre» (Gn 11,5). La obra humana que pretendía tocar el cielo resulta tan pequeña que Dios debe inclinarse para observarla.

Las palabras que siguen han sido a menudo malinterpretadas: «He aquí que son un solo pueblo y todos tienen una sola lengua; este es el comienzo de su obra, y ahora nada de lo que se propongan hacer les será imposible» (Gn 11,6). Leídas superficialmente, podrían sugerir un Dios celoso de la capacidad humana. Sin embargo, a la luz del relato del diluvio, adquieren otro sentido: Dios no castiga, sino que previene una deriva de muerte, un proceso de “des-creación” que amenaza la vida misma.

Construir la unidad a partir de la uniformidad implica negar la unicidad de las personas, sacrificar la alteridad y abolir la posibilidad del encuentro. Es la utopía peligrosa de una sociedad de copias idénticas, donde nadie puede ya sorprender ni ser sorprendido. Como ha dicho el Santo Padre dirigiéndose a los operadores de la comunicación, este es el mundo «*marcado por la confusión de lenguajes sin amor, a menudo ideológicos o facciosos*»⁷. Pero un mundo así no tiene nada de divino: es la antítesis de la creación. Dios, que crea separando y distinguiendo —la luz de las tinieblas, el día de la noche, la tierra de las aguas—, reconoce en este proyecto una inversión del impulso creador. La diferencia no es un accidente: es la gramática misma de la creación. Cuando la humanidad elige el camino de la uniformidad, está invirtiendo el impulso creador, buscando una forma de seguridad que coincide con el rechazo de la libertad⁸.

Por eso, la confusión de las lenguas no es un gesto de destrucción, sino de protección. Dios no divide para dominar, sino que diferencia

7 Papa León XIV, *Discurso a los comunicadores y periodistas*, 12 de mayo de 2025.

8 Cfr. Encíclicas del papa Francisco, *Fratelli Tutti* y *Laudato Si'*.

para que la vida vuelva a desplegarse. Impide que una sola voz se imponga como criterio absoluto y sofocante. La dispersión se convierte así en una terapia: interrumpe un proyecto de muerte y devuelve dignidad a las singularidades. No hay alianza sin distancia, ni comunión sin diferencia.

El Nuevo Testamento ofrece el relato especular de este episodio en Pentecostés (Hch 2,1-12). Personas de pueblos diversos, con lenguas distintas, comprenden a los apóstoles cada uno en su propia lengua. No se suprime la pluralidad lingüística ni se impone una lengua única. La diversidad permanece, pero deja de ser un obstáculo. No hay uniformidad y, sin embargo, hay comunión. Pentecostés responde así a la angustia de Babel: no eliminando las diferencias, sino transformándolas en el tejido vivo de una unidad más amplia.

3. La renovación de la Iglesia

La lección de Babel no ha sido plenamente asimilada. Todavía cuesta comprender que el encuentro entre Dios y el ser humano solo es posible allí donde se custodian simultáneamente las igualdades que nos unen y las diferencias que hacen verdadera la comunión. La tentación de resolver la complejidad eclesial mediante fórmulas simplificadoras —ya sea por la vía de la uniformidad o por la de la fragmentación— sigue presente.

Caminar sinodalmente implica asumir, en este contexto, un compromiso real con la renovación que hoy se le pide a la Iglesia⁹. Una renovación que no se construye desde abstracciones ni desde esquemas ideales, sino desde la realidad concreta de las personas y las comunidades tal como son. Nadie parte de cero. La vida eclesial está atravesada por memorias heridas, nostalgias de un pasado que no volverá, tensiones entre lo que se pierde y lo que comienza a nacer. Toda reconstrucción es necesariamente un proceso no lineal, hecho de impulsos nuevos y de resistencias, de entusiasmo y de cansancio, de esperanza y de arrepentimiento.

Para que esta renovación sea auténtica es imprescindible una comprensión profunda del misterio de la Iglesia y de su necesidad permanente de reforma en el tiempo y en la historia. La Iglesia, realidad a la vez divina y humana, no puede identificarse sin más con sus formas históricas. Está llamada a dejarse reconstruir continuamente para

9 El 14 de septiembre de 2025, en el mensaje del Ángelus, el Papa León XIV animó a una renovación eclesial, convocando a la Iglesia a reavivar su compromiso con la unidad, la misión y la sinodalidad al conmemorar los 60 años del Sínodo de los Obispos, institución profética instaurada por san Pablo VI el 15 de septiembre de 1965.

que esas formas transparenten, y no oculten, la belleza del Evangelio. Cuando determinadas estructuras, estilos o prácticas dejan de ser mediación de vida y de comunión, se hace necesaria una conversión que no es ruptura, sino fidelidad más honda.

La Iglesia de nuestro tiempo aparece herida por divisiones internas y cargada de modos de vida que ya no revelan con claridad la frescura del Evangelio. Esta constatación no puede conducir ni a la resignación ni a la nostalgia. Como recordó el Concilio Vaticano II, «toda renovación de la Iglesia consiste esencialmente en una mayor fidelidad a su vocación»¹⁰. La renovación no es, por tanto, una tarea extraordinaria reservada a momentos de crisis, sino la actitud ordinaria de una Iglesia que desea permanecer fiel a su misión apostólica.

El relato de la torre de Babel ofrece, en este sentido, criterios de discernimiento especialmente valiosos para el proceso sinodal y para el trabajo compartido de escucha y diálogo.

En primer lugar, la uniformidad. La renovación eclesial nunca puede identificarse con la tentación de hacerlo todo homogéneo. Como en Babel, el riesgo de transformar la unidad en homologación está siempre presente: pensar que la comunión exige identidad de estilos, sensibilidades o lenguajes. Una Iglesia que se renueva no es una Iglesia uniforme, sino una Iglesia capaz de acoger la pluralidad, confiando al Espíritu la tarea de ordenarla en una armonía que supera nuestras propias medidas.

En segundo lugar, la ingenuidad. La renovación nunca es un proceso neutro ni pacífico. Implica un combate espiritual constante, porque el bautismo capacita no solo para edificar, sino también para resistir aquello que se opone al Evangelio. El orgullo, la pereza, el miedo, las ideologías o las falsas seguridades pueden infiltrarse fácilmente en los procesos de cambio. Quien renuncia a este combate interior termina refugiándose, bien en el conservadurismo defensivo, bien en una innovación acrítica que confunde novedad con fidelidad. La renovación auténtica exige discernimiento y perseverancia.

Finalmente, la comunión. Toda verdadera renovación pasa por la disponibilidad a cargar con su peso. Reconstruir la Iglesia significa aceptar el entrelazamiento de historias, sensibilidades y heridas; asumir la convivencia de entusiasmos y nostalgias, de esperanzas emergentes y dolores aún abiertos. La comunión no es un sentimiento homogéneo ni un consenso inmediato, sino el espacio donde voces distintas aprenden a permanecer cercanas sin anularse mutuamente.

10 Concilio Vaticano II, *Unitatis redintegratio*, 6.

Requiere la capacidad de escuchar lo que no coincide con la propia sensibilidad, de acoger el dolor del otro sin juzgarlo, de dejarse afectar por su historia.

Es en esta paciente disposición a “padecer juntos” donde la Iglesia vuelve a manifestarse como casa de todos. Solo así el canto fragmentado del pueblo puede transformarse, con el tiempo, en una alabanza más amplia y más verdadera. La renovación eclesial no consiste en eliminar las tensiones, sino en habitarlas evangélicamente, dejándose conducir por el Espíritu hacia una comunión más profunda.

III. COMUNIÓN HOY, CORRESPONSABILIDAD DIFERENCIADA

La imagen de la torre de Babel vuelve a situarnos ante una palabra clave: dispersión. Aquello que los habitantes de Babel temían aparece, en el relato bíblico, como un camino paradójico de salvación. La dispersión, leída a la luz de la fe, no es necesariamente sinónimo de pérdida o desintegración, sino que puede convertirse en una forma distinta de fecundidad.

En la experiencia espiritual cotidiana, la dispersión suele asociarse a una vivencia negativa: dificultad para orar, ruido interior, sensación de desorden o vacío, falta de centro. Esta dispersión interior se traduce fácilmente en tensión, prisa, impaciencia y desgaste en la vida comunitaria. Frente a ella, el deseo legítimo de unidad puede degenerar en la búsqueda de seguridades externas, de controles excesivos o de soluciones rápidas que prometen cohesión a costa de la libertad.

Sin embargo, el texto bíblico afirma con claridad: «El Señor los dispersó por toda la faz de la tierra» (Gn 11,9). Esta dispersión no aleja de Dios, sino que obliga a volver al centro. En clave evangélica, la dispersión fecunda nace precisamente de una vida recentrada en Él. Solo quien se sabe arraigado en Dios puede vivir la diáspora como misión y no como ruptura. En el Uno somos uno¹¹: la fuente de la comunión entre nosotros no está en la proximidad física ni en la uniformidad organizativa, sino en la comunión con Dios. No hay otro camino.

Desde esta perspectiva se comprende mejor la insistencia del *Instrumentum laboris* en la necesidad de fortalecer la vida espiritual y

11 Traducción del lema papal “*In Illo Uno Unum*” del Papa León XIV. Propio de la espiritualidad agustiniana que enfatiza la unidad en Cristo, superando diferencias y promoviendo la caridad y la paz.

sacramental de las comunidades cristianas¹². La formación litúrgica, los espacios de escucha de la Palabra, el cuidado de la oración personal y comunitaria y la centralidad de la vida sacramental no son añadidos devocionales, sino condiciones estructurales para una comunión real. Solo el retorno constante al Espíritu puede transformar dinámicas profundamente arraigadas: el individualismo, el aislamiento, la competencia interna, las fricciones pastorales, los celos, las divisiones, la falta de escucha o la desconfianza mutua¹³.

El Espíritu purifica lo que debe ser dejado atrás y hace germinar lo que necesita crecer. Él genera espacios de encuentro capaces de superar la lógica del “cada uno por su lado” y de sostener una comunión eclesial que no se base en la homogeneidad, sino en la corresponsabilidad diferenciada¹⁴. Esta expresión no remite a una simple distribución de tareas, sino a una comprensión más profunda de la Iglesia como cuerpo vivo, en el que cada miembro aporta desde su carisma, su vocación y su lugar, sin suplantar ni ser suplantado.

La corresponsabilidad diferenciada reconoce la igualdad fundamental que brota del bautismo y, al mismo tiempo, la diversidad real de ministerios, servicios y formas de participación. Supone aceptar que la comunión no elimina las asimetrías, pero las ordena al servicio del bien común; que no todos hacen lo mismo, pero todos son necesarios; que la autoridad no se ejerce como control, sino como cuidado del vínculo. En este horizonte, la sinodalidad deja de ser un método y se convierte en un estilo eclesial.

Aceptar este camino implica también asumir los propios fracasos. Lejos de ser un obstáculo, pueden convertirse en tiempo de gracia si se afrontan sin miedo, desde la certeza de que el Señor camina con su Iglesia (cf. Mt 28,20). La Iglesia no es una obra que se sostenga por la eficacia de sus estrategias ni por la solidez de sus proyectos, sino una realidad que renace cada vez que vuelve al corazón del Evangelio, a Jesucristo.

Vivir hoy la comunión significa, entonces, aprender a mantenerse lejos de las contraposiciones estériles que bloquean todo diálogo; resistir la tentación de soluciones inmediatas o simplificadoras; permanecer fieles incluso cuando las formas conocidas se debilitan. Es un camino

12 Cfr. *Instrumentum Laboris*, II Asamblea sinodal Arquidiocesana, Desafíos y propuestas, pp. 44-49.

13 Cfr. *Instrumentum Laboris*, II Asamblea sinodal Arquidiocesana, Desafíos, p. 17-19.

14 Papa Francisco, XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*, Documento Final, n. 26.

que exige sobriedad y confianza, sin dejarse arrastrar ni por el miedo ni por la ansiedad de tener que salvarlo todo.

La renovación de la Iglesia no avanza por grandes gestos espectaculares, sino por trabajos humildes y cotidianos que van dando armonía al conjunto. Cada persona puede ofrecer algo de sí misma —tiempo, paciencia, escucha, caridad— como aquellos “panes y peces” evangélicos que, puestos en manos del Señor, se convierten en alimento para muchos (cf. Mt 14,19). Nadie puede, por sí solo, vivir la comunión ni renovar la Iglesia entera. Y, sin embargo, la Iglesia se renueva únicamente a través de esa pequeña porción que cada uno acepta reconstruir, día tras día, allí donde se encuentra.

IV. PARA SEGUIR CAMINANDO

Llegados a este punto, las preguntas no desaparecen. Cambian de lugar. Dejan de ser un cuestionario y se convierten en un horizonte, como nos señalaba el papa León XIV: «¿Hay vida en nuestra Iglesia? ¿Hay espacio para aquello que nace? ¿Amamos y anunciamos a un Dios que nos pone en camino?»¹⁵. Y, en el trasfondo de todas ellas, aquella que ha acompañado estas páginas desde el inicio: ¿podemos ofrecer hoy al mundo un testimonio de comunión creíble?

La celebración de la Epifanía nos sitúa ante una escena reveladora. Mientras unos se ponen en camino, otros se aferran al poder. Herodes teme perder el control, se agita ante lo que no domina, intenta instrumentalizar la búsqueda de los magos para su propio beneficio. El miedo lo ciega. Algo semejante ocurre en Babel: el deseo de retener, de asegurarse una unidad construida desde arriba, termina provocando dispersión y fracaso. Quien quiere poseerlo todo, acaba perdiéndolo todo.

El Evangelio propone otra lógica. La alegría que brota de él no se impone ni se blinda; libera. Abre caminos nuevos, sugiere recorridos distintos de los ya transitados, orienta hacia la paz y la unidad sin negar la diversidad.

«*Homo viator*, decían los antiguos. Somos vidas en camino (...) El Jubileo ha venido a recordarnos que se puede volver a empezar, es más, que estamos aún en los comienzos, que el Señor quiere crecer entre nosotros, quiere ser el Dios-con-nosotros. Después de este año, ¿seremos más capaces de reconocer en el visitante a un peregrino, en el desconocido a un buscador,

en el lejano a un vecino, en el diferente a un compañero de viaje?»¹⁶.

Desde esta convicción se iluminan también nuestras relaciones. Caminar juntos no significa avanzar igual ni al mismo ritmo, sino reconocernos compañeros de viaje. Aprender a ver en el visitante a un peregrino, en el desconocido a un buscador, en el lejano a un vecino, en el diferente a alguien con quien compartir el camino. La comunión no se decreta ni se fabrica; se cultiva pacientemente cuando dejamos de vivir desde el miedo y nos abrimos a la sorpresa del Espíritu.

V. LA TRIPLE COMUNIÓN COMO HORIZONTE

Esta llamada a caminar juntos remite, en último término, a una comunión que tiene varias dimensiones inseparables. Nada de lo anterior es posible sin una comunión viva con Dios. La vida en el Espíritu, la centralidad de los sacramentos y el cuidado de la liturgia no son elementos periféricos, sino el humus donde puede crecer una Iglesia en salida. Cuando la relación con Dios se debilita, la comunión entre nosotros se resiente y la misión se vuelve autorreferencial. Por el contrario, una Iglesia que ora, que celebra, que escucha la Palabra y se deja convertir, encuentra en esa fuente la energía para relaciones más fraternas y estructuras más humanas.

De esa comunión con Dios brota una comunión real entre nosotros. No uniforme ni idealizada, sino concreta, marcada por la corresponsabilidad y la formación compartida. Una Iglesia sinodal necesita ministros ordenados, agentes pastorales y fieles laicos que crezcan juntos, que aprendan a escucharse, que revisen prácticas y estilos, que transformen actitudes y estructuras cuando ya no sirven al Evangelio. La comunión se juega en lo cotidiano: en cómo se toman las decisiones, en cómo se gestionan los conflictos, en cómo se acompaña la fragilidad.

Este camino incluye también la comunión con la creación. Escuchar el clamor de la tierra y el clamor de los pobres no es un añadido temático, sino una dimensión constitutiva de la fe. Allí donde la vida es herida —por la explotación, la exclusión o la indiferencia— la comunión se rompe. Cuidar la casa común y defender la dignidad de los más vulnerables es una forma concreta de confesar que todo está conectado y que el Dios que adoramos se ha hecho carne en la historia.

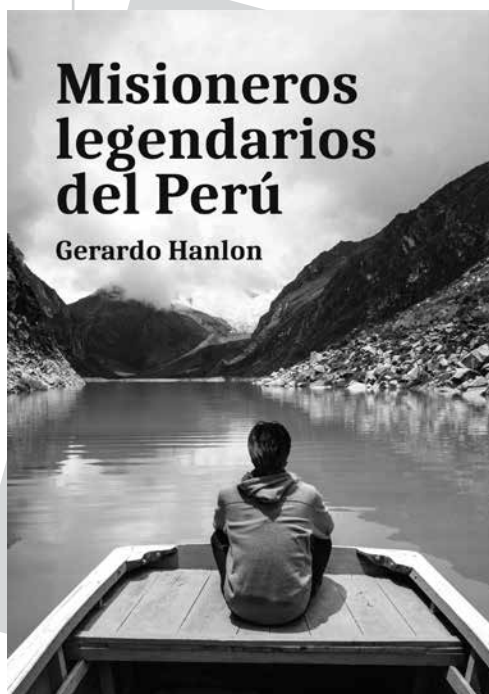
En el fondo, se trata siempre de lo mismo: re-crear y no des-crear. Dejar que el Espíritu rehaga lo que el miedo, el cansancio o la inercia han

16 *Ibidem*.

ido erosionando. Sin su amor no hay comunión posible. La concordia en las familias, en las comunidades, en las parroquias y en la Iglesia entera solo puede brotar de ese amor que no se cansa de buscar caminos de encuentro, de paz y de justicia. El Niño de Belén atrae hacia sí a toda la humanidad; dejémonos alcanzar por su amor y pongámonos en camino tras Él, para vivir, en Él, la verdadera comunión¹⁷.



Nueva Publicación CEP
Nueva publicación CEP



MISIONEROS LEGENDARIOS DEL PERÚ

Gerardo Hanlon

Coedición: CEP – IBC

1.a edición. Lima, septiembre del 2025

En este pequeño volumen, el P. Gerardo Hanlon selecciona relatos de la vida y acción de misioneros oriundos de países lejanos y que vinieron al Perú, a lo largo de nuestra historia, para anunciar el mensaje cristiano, muchas veces en territorios inhóspitos, y compartir la suerte de un pueblo pobre. Testimonios de entrega que en su sencillez merecen ser conocidos.